LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.

Año VI. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 8.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE 20 DE AGOSTO DE 1877.

EL IDEAL.

En las amargas realidades donde nos hundimos todos los dias, ¿qué seria de nosotros sin ideal, sin ese modo de perfeccion á que ajustar la conciencia y la vida? Yo he creido siempre en el ideal; lo he visto lucir sobre todas nuestras espesas sombras y todas nuestras grandes tristezas. Yo tengo, sí, tengo absoluta confianza en el derecho, y creo que la humanidad lleva el ideal como una luminosa estrella en su frente. El cuadro, la estátua, el monumento, la música, la oda, la obra filosófica, la accion moral, son como gradas para acercarnos á ese ideal, firme en medio de las indecisiones de la vida y de la ondulacion contínua de los tiempos, á ese ideal que brilla sobre todos los errores como el sol sobre todas las nubes. Una sociedad sin ideal es una casa de locos, ó una madriguera de tigres. Un siglo sin ideal ve pasar sus dias como una procesion de sombras. Los espíritus sin ideal se desconciertan y se desvanecen, como se desconcertaria el sistema planetario sin atraccion. Más para tener ideal, para tener un mundo que sea como el cielo de las inteligencias, se necesita merecerlo. El siglo que no cree, que no trabaja, que no ama, que no espera, es un siglo estéril, una onda de hiel que se pierde en la eternidad, un vapor mefítico que se disipa en la nada.

Generaciones de grandes trabajadores son las generaciones creyentes, las generaciones mártires. El ideal cambia; para unos siglos está en Asia, y es el sepulcro de un dios; para otros siglos está en América, y es la cuna de un pueblo; más para todos debe existir como el móvil de las acciones, como la norma de la vida, como la corona centellante del espíritu; porque para todos debe existir algo que invocar, algo que creer, algo que esperar en las angustias del dolor, en los esfuerzos del trabajo, en las penalidades de la lucha, en las tristes asperezas de la vida.

Me hallo en la capital del mundo. Si el mundo tiene alguna idea, aquí está el cerebro. Si el mundo tiene algunas gotas de sangre, aquí está el corazon. Si el mundo tiene algun ideal, aquí está su asiento, aquí su tabernáculo. Y lo tiene, ¡oh! no lo dudeis. Pues qué, ¿habia de ser nuestro planeta como una nave sin lastre, sin velas, sin timon, corriendo á merced de un huracan infinito en el inmenso océano del espacio, y llevando algunos navegantes presa de una fiebre, de un delirio, de una demencia? Yo no lo puedo creer. En el fondo de aquella Asia que pa-

recia absorbida en el panteismo materialista, en el sueño magnético de un delirio místico, se encontró la religion de la humanidad. En el fondo de aquella Grecia que parecia un ánfora cincelada para contener solo el vino perfumado de los placeres, se encontró el arte y la filosofía de la humanidad. En el fondo de aquel Capitolio que parecia levantado para ser solo una cárcel, estaba el derecho de la humanidad. Es imposible que no haya nada en el fondo de un siglo que ha centuplicado las fuerzas humanas con el vapor, que ha convertido el rayo en conductor de su palabra, que ha pesado los astros, que ha descompuesto hasta el aire en nuevos elementos, y que se gloría de ser el heredero de todos los progresos pasados, y en trabajar por los progresos futuros.

Pues bien; busquemos el ideal del siglo en la ciudad del siglo. Si la ciencia lo tiene, debe estar en la Universidad. Si la Universidad lo tiene, debe estar en su cátedra de filosofía. Entremos. Yo creí que la Sorbona era un monumento grande, espacioso, que se levanta en la desembocadura del barrio latino sobre la orilla izquierda del Sena. Pero me engañé: aquello es un cuartel, uno de esos magníficos cuarteles que tanto llamaron la atencion del Emperador de Austria. La Universidad es un edificio viejo, oscuro, triste, estrecho, sin ninguna apariencia monumental, sin ninguna majestad; una mezcla informe de cárcel y de convento. ¡Cómo las instituciones se envejecen! Cuando en el siglo décimotercio surgia este edificio humildemente, surgia como una esperanza, como una luz donde venia á esclarecerse el espíritu, como un fuego donde venia á calentarse la vida. La teología era casi toda la ciencia. Santo Tomás la habia profesado en París, y el Dante la habia oido. Toda la ciencia y todo el arte de la cristiandad en aquel tiempo han pasado por estas piedras. Me parecia oir á Santo Tomás sus cinco pruebas de la existencia de Dios; la necesidad de un motor que impulse los mundos en su carrera; de una causa absoluta de la cual se deriven las causas segundas; de una perfeccion infinita á la cual se acerquen las perfecciones relativas; de un creador que haya ordenado intelectualmente en un plan eterno las armonías del universo. Pareciame que Dante, triste, terso, con las últimas sombras del terror feudal en las sienes, los ojos rojos y errantes como llenos de visiones siniestras, recogia aquellas ideas y las expresaba en marmóreos tercetos para repartir la comunion del espíritu á las muchedumbres y á los pueblos. Entré, entré pues, buscando el pan del alma de este siglo. Pero ¿qué oí? Las ideas de hace cuarenta años; el eclecticismo empírico, la metafísica de los *boutiquiers*, el Apocalípsis del estómago encubierto con la pomposa y vacía frase del espiritualismo moderado. Puesto que la ciencia no tiene ideal, vamos á ver si lo tiene el arte; y para ver si el arte lo tiene, vamos á visitar la Academia de Bellas Artes en ese Instituto de Francia, por cuyos asientos suspiran tantos y tantos hombres que necesitan un diploma de inmortales, dado por un cuerpo, en cuya Academia de la Lengua se ha sentado álguien que ignoraba hasta la ortografía francesa.

Un viejo leia con irónico acento un discurso, correcto, pensadísimo, proporcionado, frio; un discurso académico. Las frases parecian hechas en un torno, segun lo pulidas, pulimentadas y brillantes. Todas ellas sonaban de una misma manera, todas sonaban á huecas. Lo que proponia por todo ideal de las artes plásticas era la imitacion de las formas clásicas, la imitacion del mundo helénico sobre el cual han pasado tantos siglos, el ejemplo de un pintor de nuestros dias, pintor frio, rígido, pero lejano reflejo de lo antiguo; un pintor semejante á un cadáver á quien hubiera adornado con una túnica de Roma, con un anillo de Corinto, con una diadema de Tebas. Yo no niego, no solo no niego, yo adoro la hermosura clásica. Yo creo que la humanidad ha llegado en aquel tiempo, en todas condiciones de civilizacion á lo perfecto. Pero no en vano el espíritu ha crecido y ha roto la armonía. No en vano ha entrado en la conciencia una idea que la agita, que la eleva tormentosa al cielo como el huracan á las ondas. En el rostro de los hombres de nuestro siglo no puede existir la

serenidad olímpica, inalterable, cuando la duda les muerde el corazon y la sed de lo infinito les seca los lábios. Si un pintor es hijo de su tiempo, debe expresar las ideas de su tiempo. ¿Y dónde irá á buscar aquel reposo griego, áquel reposo escultórico que nacia de las nupcias tranquilas, eternas del hombre con la naturaleza? Nuestra carne ha sido macerada por quince siglos de penitencia. Nuestro espíritu ha sido conturbado por aspiraciones infinitas. La conciencia humana, como Psíquis, ha encendido su lámpara para conocer el amor, y el amor ha huido oculto entre las nubes de mariposas que llaman ilusiones: y ha huido al cielo. Ya no se contenta, pues, síno con lo infinito. A vosotros habrá llegado aquella elegía que aún lloran los mares Egeo y Tirreno, que aún repiten los cabos de las riberas de Grecia y de Italia, que heló en las venas la sangre del antiguo mundo cuando salió como un sollozo del fondo de las aguas; aquella elegía que se lamentaba diciendo: «el dios Pan ha muerto.»

Pero vamos, sucederá esto con las artes plásticas, porque las artes plásticas son poco propias de nuestro siglo. Por la utilidad de las artes industriales ha olvidado un tanto la contemplacion de las bellas artes. Perdonémoselo á este siglo-Vulcano, un poco feo, un tanto cojo, ahumado por la hulla; pero que muestra la rápida locomotora saliendo de sus talleres para devorar el espacio. Las artes literarias, las artes del espíritu deben extasiarle, cansado como se halla de las penalidades del trabajo. Vamos al teatro. ¿Dónde mejor en el teatro se conoce una sociedad? Si la España del siglo decimosétimo se perdiera con su historia, sus monumentos, sus estátuas, bastaba, para vivir eternamente, que se salvaran de los estragos del tiempo los dramas de Calderon. Vamos al teatro. Aquí vive el gemido de nuestros dolores y la armonia de nuestras esperanzas. Aquí llegaré á entrever el ideal de nuestra sociedad. Como yo hay muchos que buscan esta fuente misteriosa; pues el teatro se halla repleto, henchido, rebosante.

¡El teatro! Mucho carton, mucha gasa, mucha seda, mucho oropel, mucho similor, mucho vidrio figurando piedras preciosas; comparsas infinitas, legiones de mujeres que, segun su traje, deben haber de nuevo encontrado la inocencia paradisiaca; bailes casi imposibles, casi inverosímiles; decoraciones fantásticas, donde se agotan los caprichos de los pinceles de brocha gorda y los prodigios de la maquinaria; hombres que vuelan y pájaros que hablan: gigantes tocando con la frente en las bambalinas y enanos casi desapareciendo en las junturas de las tablas; pero ni una idea, ni un sentimiento, ni una imágen, ni una gracia, ni un rayo del espíritu, ni un lejano crepúsculo siquiera del ideal. ¿Y este es vuestro arte dramático? El maquinista ha reemplazado al poeta, la decoracion al interés dramático; y los efectos se consiguen, no con los versos que llegan al corazon, sino con las cuerdas que tiran de los telones para divertir la vista. Vale más volver á los tiempos en que el teatro era una carreta tirada por bueyes, pero desde la cual salia sonoro y deslumbrador el verso. Vale más que tengamos por toda decoracion un telon en blanco que represente ya una calle, ya un campo, ó ya un palacio, á gusto de la ilusion; pero en el cual se dibujen esos eternos fantasmas que se llamen los pensamientos de Shakespeare.

Loco de mí: he perdido el rumbo; debo ir á las Cámaras. Miremos la tribuna. Allí está el Sinaí fulgurante que nos ilumina; allí está el ideal del siglo. La tribuna francesa es el escollo donde la humanidad ha encendido el faro de los tiempos. Allí está el nuevo derecho que dimana de la nueva ciencia; allí está el ideal. Acerquéme en efecto. Un viejo hablaba, y á decir verdad, hablaba maravillosamente. Nadie hubiera podido creer que de una cabeza tan vieja bajara una palabra tan jóven. No de otra suerte el mudo y estéril desierto de nieves que se estiende en la cima de las montañas se filtra en rios que van luego á llevar abundancia por los valles. Pero esa jóven palabra deberá tener tambien jóvenes ideas. ¡Engañosa ilusion! Habla del antiguo equilibrio europeo; habla de la pátria como pudieran hablar los griegos y los romanos: quiere meter todas las naciones en

un cepo, á fin de empequeñecerlas y descuartizarlas para que una sola sea grande y fuerte; la nacion donde él ha nacido. Vámonos, vámonos. Allí á lo lejos descubro las torres de Nuestra Señora. El sol poniente que ha logrado romper, aunque por algunos instantes, su negro sudario de tristes nubes, las dora con un rayo que parece el reflejo de una aureola mística. ¡Necio de mi! Habíame olvidado de que existe en el mundo ese puerto de refugio, y de que ahí se cree, se ama, se espera al son del órgano y de las campanas; al murmullo de la oracion y de los cánticos sagrados, á la luz de las lámparas y al reflejo de los vidrios de colores que recogen la claridad del dia, y la ciernen, y la endulzan, y la pintan en iris eternos sobre el pavimento, sobre el ara en que se celebra la reconciliacion del hombre con su Dios.

Ahí tambien hay una tribuna. Ahí oiré hablar del eterno ideal de la vida. Ahí renacerán mis esperanzas en la inmortalidad. Ahí un orador sagrado me dirá cómo todos los séres aspiran á lo infinito; cómo el aroma de unos, el canto de los otros, el susurro de los campos y el vapor de los lagos, la palpitacion de las olas y la luz de las estrellas; todos los rumores, y todos los ecos, y todos los tonos, desde el que produce el arroyo entre las guijas, hasta el que produce la ola henchida por los huracanes, son religiosas plegarias. Ahí oiré que cuando venga la muerte, cuando caigan podridos mis huesos en la tierra, no morirá todo en mí, sino que este sér inquieto, sediento, triste, que piensa y ama sin encontrar nunca el límite del pensamiento ni del amor, el espíritu, el alma, el sér, como querais, tomará, á manera que la mariposa en Abril, místicas alas para volar á lo infinito y bañarse allá sobre las cimas del universo en la luz increada, y perderse por toda una eternidad en el éxtasis de la contemplacion del Creador. Entré. Aquí, decia yo, nada me recordará la tierra. Entré y me senté maquinalmente. Aún no habia comenzado mis meditaciones, cuando me dan una palmadita en el hombro. Una mujer muy parecida á las acomodadoras de los teatros, me dice en correctísimo francés: «Caballero. el precio de la silla, si V. gusta.» El ruido del dinero en una especie de cajilla de hojalata que llevaba me dió frio.

Yo no buscaba esto. Pude arrodillarme, pero en la nave central no hay donde poner las rodillas sin tener detrás su asiento, y desde que se toca se paga. El mundo nos persigue hasta aquí. El orador subió al púlpito, y ya empecé de nuevo á entrever la esperanza de arrancarme á la realidad, de oir algo semejante al menos al sermon de la montaña: amad á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais perfecto como nuestro Padre que está en los cielos. Pero no; oí lo mismo que en el Cuerpo legislativo; oí hablar de tratados de no sé qué mes, de protervias de no sé qué general, de victorias de no sé qué ejército y de milagros de no sé qué fusil. Entonces salí á la calle, y recordé las siniestras palabras de Juan Pablo Richter: «Hijos del siglo, todos somos huérfanos.»

EMILIO CASTELAR.

París 20 de Diciembre de 1867.

ECOS.

Sr. Director de LA REVELACION.

Hermano en creencias: ¿Es verdad que tiene nuestra vida dias muy tristes á los que llama el vulgo *de mal agüero*?

No sabemos de lo que serán, pero lo cierto es que pesa sobre ellos una influencia fatal.

Todos los hechos más culminantes de nuestra peregrinacion se aglomeran en nuestra mente: el horizonte se cubre de negras nubes, y cuando corremos presurosos huyendo de nosotros mismos queriendo refugiarnos en los brazos de algun amigo, este, quizá dominado por un mal análogo al nuestro, nos recibe con indiferencia, escucha nuestras quejas, se sonrie con amargura, se encoge de hombros, bosteza con aburrimiento, y nos dice con tono seco:

—Si yo fuera á quejarme creo que no aca-

baba nunca; enmudece por un momento, y despues, dando rienda suelta á su despecho principia á hablar, y nos vá á dejar aplastados entre sus ruinas.

Y contrariados, desconcertados, habiendo perdido nuestra razon la conciencia de su ser, huimos á la desbandada sin darnos cuenta de lo que nos pasa.

Caemos desalentados, y entonces comprendemos que somos muy materiales aun, y que el culto esterno y el fanatismo son tan necesarios á la mayor parte de los hombres, como el aire que respiran, por que un alma pequeña, devota y creyente, que acude en su duelo ante una imágen de Jesus ó de Maria, ó de cualquier santo, y prosternada ante ella ruega y llora, y cree firmemente que aquel santo á quien se dirige, la escucha, y aquel espiritu abatido recibe un gran consuelo; pero el deista, el que cree que Dios es el todo y no contempla en las imágenes mas que objetos de arte, ese hombre en ciertos momentos, cuando la pequeñez microscópica de su ser material domina á la aspiracion de su alma, se cree solo, Dios es demasiado grande para él, en esos instantes en que su pobre inteligencia se ahoga en una gota de agua. A esos dias en que el alma desfallece, se les puede llamar *horas de sombra*.

Los espiritistas tambien tenemos nuestros dias de luto, tambien nuestra mente se ofusca y si bien nunca negamos á Dios, lo que es nuestra esperanza languidece de tal modo, que la tisis se apodera de ella y nada mas triste que la vida de esos pobres espiritus enfermos por su propia voluntad!

Verdad es que la sociedad es capaz de desilusionar al alma mas creyente, porque como ha dicho un orador ilustre, *ningun hombre por grande que fuere, tiene la altura de una idea*, y hay que esclamar con el poeta

Cuál las montañas de espuma
Son los sábios de estos tiempos;
Si se les mira, castillos,
Y si se les toca, viento.

Y naturalmente, aunque se ha dicho desde muy antiguo, maldito el hombre, que en el hombre fia, pero con todo, nosotros fiamos en el hombre. mientras estamos en la tierra, y cada desengaño que recibimos hace flaquear nuestras fuerzas, que como dice muy bien un espíritu, cuando todo nos sonrie, entonces alabamos á Dios y nos creemos capaces de trasportar las montañas, pero llega el momento de la prueba y adios energia y abnegacion; dudamos, desconfiamos, recelamos de todo, y no somos útiles ni á nosotros mismos.

¡Cuán poco valemos todavia! nos parecemos á una comunidad religiosa, que segun dice la gente, hacia cestos por la mañana, y los deshacia por la tarde, para volverlos á hacer al dia siguiente.

Pues esto mismo hacemos nosotros, y los espiritistas lo mismo que los demás; y este dualismo forzoso, este continuo descontento nos perjudica muchísimo y atrae sobre nosotros las fatales obsesiones que dan tan tristes resultados.

Generalmente, cuando un espiritista de *impresion*, recibe un desengaño sea en el terreno que sea, en seguida acude á consultar á los espíritus, y á esta tentacion es á la que debemos resistir.

No conocemos lo que es el mundo espiritual, no sabemos de cierto mas que una cosa, y es que los espíritus se comunican y que los hay con los mismos defectos que nosotros, y otros que nos superan en virtudes y en amor.

El misterio, ó mejor dicho, nuestra ignorancia, nos veda conocer á fondo el mundo de ultra-tumba, por esto no debemos llamar continuamente á los espíritus porque bien se ven los tristes resultados que se obtienen.

Se debe pedir el ausilio de nuestros guias invisibles en sesiones bien organizadas, sin que la curiosidad nos domine, sino únicamente el deseo de progresar, y no es dado pedirles un consejo, en uno de esos trances terribles en que el hombre se encuentra reducido á polvo, tal es su ineptitud para obrar.

Nos cuesta trabajo contenernos y dominarnos para no pedir comunicaciones, en uno de esos dias en que parece que todo se conjura contra nosotros y podemos asegurar que hablamos con conocimiento de causa

porque mas de una vez nos ha sucedido encontrarnos desorientados, y en nuestro grosero materialismo, no nos ha bastado presentir, hemos querido oir; si, oir.

En esos momentos nos acordamos de los fanáticos y perdonamos de muy buen grado su debilidad, porque vemos que si nos descuidáramos un poco seriamos lo mismo que ellos.

Y los espiritistas fanáticos llegan al deplorable estreno que los demás, pierden su voluntad, y son el juguete de los de allá, y de los de aquí, por esto nosotros, cuando nos vemos próximos á caer, damos el quién vive á nuestra razon, porque no queremos que el fanatismo nos domine jamás.

Mas ahora reparamos que en esta carta es demasiado largo el prefacio; pero hay momentos que si el hombre no hablara, moriria de asfixia, y como conceptuamos á nuestros lectores nuestros mejores amigos, ¿á quién mejor que á ellos contaremos nuestras cuitas, y la satisfaccion que recibimos cuando vemos que para los séres invisibles no hay nada oculto, y que leen en nuestro pensamiento con más facilidad que nosotros?

Sí; así es, en la noche de uno de esos dias de *sombra*, en que todo el orbe pesaba sobre nuestra frente, nos dijo un espíritu hablando en general, pero que nosotros nos apropiamos la reprimenda:

«Que la humanidad era muy impaciente, porque queria curar una enfermedad crónica en breves dias, y eso era pedir un imposible, porque nuestra vida se reducia á dos palabras:

»Deber y pagar.

»Que veniamos una vez á la tierra, y viviamos sin pensar en nada, mas que en disfrutar, y claro está que á la encarnacion siguiente teníamos que pagar lo que habíamos quedado á deber.

»Que casi siempre no nos íbamos sin contraer nuevas deudas, y que ahora, los que hemos conocido el espiritismo, y somos, (por egoismo) un poco mejores que antes; ya nos parece que el mundo es nuestro, y queremos trastornar el órden de lo existente, lo cual es querer un absurdo.»

»Que necesitamos tener más calma, por que las enfermedades crónicas son muy dificiles de curar en un momento.»

Y en esto tiene muchisima razon el espíritu; por que si vemos, que una lesion orgánica que ha tomado en nosotros carta de naturaleza cuesta tanto curarla.... ¡cuanto más costarán las dolencias espirituales que cuestan siglos y siglos de existencia!

El espíritu de un artista de quien ya hemos hablado, tambien vino á decirnos.

»Que era loable nuestro afan de propagar la verdad, pero que en esta encarnacion era casi imposible que obtuviéramos buen resultado, por que lo que es la alta sociedad, no nos escucharia ni ahora, ni más adelante, y solo progresaria á viva fuerza, como progresa siempre; que acepta todas las ideas, cuando hasta los niños las han sancionado.

»Que no nos quejáramos tanto, y que nos hiciéramos cargo que estábamos en un planeta de espiacion, donde unos sufren la muerte.

»Otros la desesperacion.

»Aquellos la agonía lenta y resignada.

»Nosotros el hambre y el desprecio.

»Que no pensáramos más que en progresar, que el goce era un mito aquí.

»Que debiamos pasar la vida diciendo,

»Un paso más, y un dia ménos.

»Que ni podiamos conseguir nuestra completa reabilitacion, ni mucho ménos regenerar á los demás.

—«*¡Solo renaciendo!*, (esclamó gravemente otro espíritu) ¡solo renaciendo el hombre vivirá!»

¡Nada más cierto!

¡Oh! si no renaciéramos mil y mil veces desgraciados de nosotros:

Gracias á Dios, que siquiera los espiritistas podemos escuchar consejos escelentes.

Ah! si todos nos aprovecháran! Nos dicen cosas tan buenas, refiriéndose á nuestro prurito de murmurar de todo; qué reflexiones tan justas nos han hecho?

Nos han dicho «que nosotros somos la piedra de escándalo por que criticamos públicamente unos de otros, y no debiamos obrar así.

»Que debiamos despojarnos de nuestro orgullo que es lo que nos pierde, y tratar únicamente de mejorarnos, no de criticar lo que los otros piensan, por que nuestra crítica no los convenceria, y que nuestras buenas obras conseguirian mucho más.

»Que fuéramos decididos al abrazar nuestra doctrina, por que á Dios y al mundo no podiamos servir al mismo tiempo, que no respetáramos y acatáramos el formalismo religioso que nuestra mente rechazaba, por el simple pretesto de qué dirá la sociedad, por que espiritistas de esa especie ni eran Kardeistas, ni romanistas, y se debe manifestar siempre, lo que uno es, lo que siente, y lo que quiere.»

Estamos en un todo conformes con la opinion del espiritu: los espiritistas que se casan por la iglesia, y bautizan á sus hijos me dan lástima, por que acatan unos sacramentos que rechazan, y se esponen á que les digan, lo que les dijo el Señor Palomares, pastor protestante, en *El Anunciador* de Sevilla del 13 de Junio del año actual, en una contestacion dirigida á la escuela espiritista, les dice así:

»Gritais mucho contra los errores de la Iglésia romana, y sin embargo, en vida acudís á ella, y hasta á la tumba quereis que os acompañen los curas, para que os echen sus responsos.

»¿Dónde está vuestra conviccion de doctrina? A cualquiera que piense un poco lo vais á convertir en espiritista!

»Yo creo que lo mejor seria que si sois papistas lo declaraseis francamente, y si no lo sois obraseis como hacen los protestantes, consintiendo que sus restos sean depositados en un lugar que desdice mucho de un pueblo civilizado, y consintiendo morir otras veces en las hogueras, antes que transigir con el error.

»¿Cuántos espiritistas han sido enterrados en el cementerio disidente del romanismo? Ninguno, porque decis mucho y nada haceis.»

Ignoramos como se las arreglan los espiritistas de Sevilla en sus entierros y demás actos del dominio público, por esto no podemos contestar al señor Palomares, porque no tenemos verdadero conocimiento de causa, solo sabemos que hay como en todas partes disidencias entre unos centros y otros que, como dice Campoamor

En este mundo traidor,
Nada hay verdad ni mentira;
Todo se vé del color
Del cristal con que se mira.

Dejemos que el tiempo ilumine á todos, y lamentemos, nó lo que pasa en Sevilla, porque repetimos que no sabemos detalles de aquella localidad; pero en cambio los conocemos muy á fondo de otras poblaciones donde hay muchos espiritistas que dicen: «Es preciso transigir con la sociedad, como que uno sabe que el culto de la iglesia ni quita ni pone, acudimos á ella porque no lastimamos nuestra creencia, y estamos bien con el mundo.»

Te engañas, raza hipócrita, nó estás bien, ni con Dios ni con el mundo. El primero *verdad absoluta* solo admite el culto de la verdad, que es el de la razon pura, ó el de la fé sencilla y vosotros espiritistas vergonzantes, ni sois leales, ni teneis fé; y el mundo os desprecia porque sabe por el *dicen que dicen* que sois espiritistas y que os avergonzais de decirlo en alta voz.

¿Tan en poco teneis vuestra doctrina?

Hombres de poca fé! siempre sereis los mendigos de la creacion.

No nos vengais con el subterfugio de decir, *no queremos dar escándalo*.

El escándalo no existe en decir un hombre la verdad, existiria si un espiritista fuera á un templo y no respetara las ceremonias, é insultara á los sacerdotes.

Para nosotros la iglesia es sagrada, por que un dia fué necesaria para la civilizacion de la humanidad.

No somos de los maldicientes que anatematizan al clero: su ministerio ha sido necesario en otras épocas y aun hoy, una gran parte de la humanidad tiene que creer por rutina, tiene que pagar las oraciones porque ella no sabe rogar á Dios.

Convenido que los que necesiten andadores busquen quién los enseñe á andar, pero

los que con su razon tienen bastante, los que adoran á Dios en espíritu y en verdad para los actos de su vida que necesitan ser sancionados, reconocidos y legitimados ante la sociedad, está la ley, está el registro civil que vale mas que todos los sacerdocios del mundo, y de este modo, se respeta la ley moral, la ley social que debe regir siempre en todas las naciones bien organizadas.

Si todos los espiritistas en todos los actos de su vida acudieran á la ley sin rendir homenage á ninguna iglesia, no tendrian que escuchar las intencionadas frases del señor Palomares que desgraciadamente nos dice la verdad, esceptuando alguno que otro espiritista que siguiendo la escuela de Palet, decimos con el nuevo apóstol: *Todo por la verdad!*

Terminaremos esta carta con el resúmen de una comunicacion que dió un espíritu sobre la cremacion:

«La cremacion de los muertos no es la desaparicion del *sér*, antes al contrario, es la conservacion del individuo, porque al formarnos Dios ¿de qué hizo nuestro cuerpo? de polvo, de ceniza, á la que dió forma. ¿Pero antes qué éramos? un puñado de polvo nada mas y con la cremacion, ese puñado de ceniza primitiva la volvemos á recobrar íntegro tal como estaba antes que el divino escultor lo modelara.

»El enterramiento nos separa de los séres queridos, y cuando años despues abrimos su sepultura, retrocedemos con horror, porque solo vemos huesos ennegrecidos y una pasta asquerosa y nauseabunda, que no podemos mirarla sin esperimentar una dolorosa repugnancia.

»En cambio, la cremacion nos devuelve las primeras sustancias de nuestros padres, limpias, inodoras, purificadas por el fuego, que vienen á reclamar su puesto de honor en el consejo de familia.

»En la eterna destruccion de la vida, la cremacion es el único medio para restituir los átomos de los que en la tierra fueron; la cremacion no destruye, la cremacion conserva lo que humanamente se puede conservar del hombre sin que sufra deterioros.

»El enterramiento nos aleja de nuestra familia, la cremacion no desata los lazos porque podemos guardar con nosotros la copa sagrada, el cáliz venerando que encierra los restos de nuestros antepasados.

»No digais, la cremacion destruye, repetid conmigo: «La cremacion es la *conservacion* de la materia primitiva.»

Mucho costará en España que se acepte el sistema de la incineracion, pero diremos lo que dice Lessing: «La gloria de la humanidad, no está en la quieta posesion de la verdad, está en los combates, en las penas que la verdad ha costado.»

Amalia Domingo y Soler.

LA PAZ.

¡Oh dulce paz, emanacion purísima de Dios! Perdona si una mano inhábil se atreve en estas líneas á tomarte para objeto de sus razonamientos. La sublime inspiracion del poeta, la expresion grandiosa del artista, serian necesarias para encontrar los suaves tonos de tu colorido, la delicada línea de tus contornos, la nota sensible de tu armonía; sólo ellos podrian hacer accesible á los mortales tu belleza. Pero tú, mensajera del Cielo, que desciendes á la tierra con el ramo de olivas en una mano brindando con la otra á los mortales el cáliz de *amor*, *ciencia* y *virtud*, de que te nutres, tu enviarás un rayo de inspiracion al que esto escribe, para que al menos sea digno de pedir á Dios te permita cernirte por siempre en el horizonte de la Pátría....!

¿Habrá quién no ame la paz? ¿Quién no suspire por ver en su zenit ese íris de bonanza que irradia prosperidad, vida, alegria, para los pueblos?.—Sí; hay quienes jamás podrán reconciliarse con ella.—¿Quiénes? Las malas pasiones, los vicios, y su cortejo de crímenes, que no pudiendo soportar la pureza de esa luz que las exhibe en la plenitud de sus ¡errores, riegan, valiéndose de su esclava *la ignorancia*, su pestilente fango sobre

la tierra, é impregnan la atmósfera de sus mefíticas emanaciones para obligar á aquel ángel á remontar el vuelo.

¿Habrá quien desconozca los beneficios de la paz?—No. Todos á su pesar le rinden culto de conveniencia, si nó de amor. Ved al que ha logrado elevarle un trono en su corazon ¡cuán feliz es! Contemplad la ventura de la familia donde ella mora; allí la armonía jamás se turba. Mirad la dicha de los pueblos y naciones que viven alumbrados bajo su sol; la felicidad esmalta de color de rosa la faz de todos sus moradores; el júbilo refleja sobre ellos la luz del Cielo; las ciencias, las artes, la industria, todo allí marcha; la abundancia, el bienestar, la alegría, nada allí falta. ¿Quién piensa en alterar tanta armonía? —Nadie.—Tan hermosa es la paz, que su nombre sirve de pretexto para la guerra: Ella nace en la escuela; su sol la *verdad*, su estandarte la *virtud*, su solio el *corazon*, su perfume el *amor*, su conjunto el *Cielo*.....

¿Habrá quién ignore los males de la guerra? ¡No! ¡Son tan profundas las huellas que deja por donde pasa! Sangre, exterminio, prostitucion, miseria, luto... Las furias infernales del ódio y la venganza, en consorcio con los vicios y pasiones, soplan la llama de la discordia que se pasea triunfante sembrande por do quiera, muerte, desolacion, ruinas, terror, anarquia; nada hay santo, nada puro, nada grande, nada digno de su respeto. Su dios la muerte, su estandarte la ignorancia, su solio el crimen, su fin el exterminio, su pasto el mal, su goce el dolor. Bajo su imperio es la ley arma contra el débil, la propiedad ilusion, los derechos del hombre palabra vana. ¡Verdadero infierno que surge de ese abismo sin fondo qu se llama el corazon!

¿Pero y no hay guerras justas? Sí; justas *relativamente* hablando; efecto de la imperfeccion en que yace la humanidad. Las leyes que rigen al universo físico y moral, son solidarias, tienen íntima correlacion. Y así como las nubes y los vapores condensándose, ó la electricidad acumulándose, hacen surgir la tempestad, el rayo, el huracan, así como la hirviente lava que corre y se agita en el seno de la tierra produce el terremoto, hasta que abriendo un cráter arroja todo su torrente de fuego, así tambien cuando el progreso de un pueblo llega á ser superior á sus instituciones, cuando impiden su expansion las trabas de añejas teorías ó preocupaciones, surgen formidables las luchas para destruirlas, y el choque de las armas quita de por medio á los hombres del *statu-quo* que pretenden contener aquel cráter con la mano. El árbol precioso de *libertad* civil, social ó religiosa, necesita á veces ser regado con la sangre de generosos mártires.—He aquí las guerras de principios, necesarias, mientras el arma de la razon fuere impotente para destruir las rémoras que el Progreso encuentra en su marcha triunfal por el mundo.

Pero ¡cuántos creen que la paz es la inaccion, la inmutabilidad, el vivir holgadamente rodeado de conveniencias, el pensar y obrar cuál lo hicieron nuestros mayores, el no alterar nada de cuanto nos legaron, por amor, por respeto á su memoria! No! ¡Esta sería la paz de los sepulcros, la paz del egoismo, y este siendo inmoral, daría una *paz inmoral*, ideas que se excluyen. No; la paz no estriba en esclavizar la conciencia, en prescindir de la libertad moral é intelectual, en buscar la conveniencia personal. No es paz la del que solo se acuerda de sus semejantes para explotarlos, ó para arrojarles á la cara la limosna de sus *desechos*. No es paz la que teme y huye la luz de la verdad, la que no investiga, la que vé un mal en el progreso. No es paz, la que se apoya en el frágil pedestal de la *pasividad*, de la obediencia ciega, porque ¿quién podrá acallar el grito de libertad, el grito de la conciencia que reclama imperiosa sus fueros y que más ó ménos pronto quebrantará sus cadenas? No! No existe la paz en la servidumbre física, moral, ni intelectual, porque la paz no degrada, enaltece; ella no es inaccion ni inmutabilidad, no la paz de los sepulcros, no la paz de los conventos, no la paz del egoismo.

La paz es activa por excelencia; ella es *progreso*, y el progreso no detiene su curso; ella es efecto, no causa, es resultado de la virtud, de la investigacion, es la fé en el porvenir, es la fé por conviccion. Ella dá confor-

midad en la desgracia, adora á Dios en el trabajo, y hace del cumplimiento del deber, su religion.

La paz en la inmutabilidad no es paz, porque fuera de Dios todo es mutable, y la inmutabilidad fuera de él, sería la falta absoluta de progreso, el entorpecimiento de la incesante marcha de la criatura hácia el Criador. Nada que se aparte de los fines providenciales, podrá traer la paz sino la guerra; el movimiento, las trasformaciones incesantes y progresivas, son ley de la naturaleza en lo físico, moral é intelectual. Por eso el error de ayer deja su puesto á la verdad de hoy; mañana esta pasará al grande archivo de nuestras decepciones, para ser reemplazada á su vez con otra nueva, y así cayéndose y levantándose, va el hombre conquistando una tras otra las verdades que llega á poseer; pero á cada paso que adelanta, la alegria que es la paz del alma le brinda infinitos goces, le conforta para seguir adelante. Recuérdese aquel sábio de la Grecia que vivía preocupado buscando la solucion de un problema, y un dia estando en el baño, halló de súbito la verdad; fué tal su dicha, que así cual se hallaba salió gritando entusiasmado por las calles: ¡Eureka! ¡Eureka! *(¡La he hallado!)*

Si todos aman la paz ¿por qué no impera en la tierra? ¿cómo es que aun entre pueblos progresistas se altera su pureza, suele dejar de existir? Porque se la quiere buscar donde no se encuentra; lejos de marchar por el único sendero que conduce á ella se vá por el opuesto, y así los hombres, los pueblos, los gobiernos, ya despreciándola, ya profanándola, se alejan de ella. Porque se quiere buscar la paz *causa*, en vez de buscar la paz *efecto;* porque se la quiera fabricar *de órden superior*, cuando solo puede surgir cesando toda coaccion y tiranía; porque más se ama el derecho de la fuerza, que la fuerza del derecho; porque se la quiere colocar en la punta de la espada, ó en la boca del cañon, cuando siempre huye de estos aparatos, males necesarios que solo pueden existir como dique contra las pasiones, ó en pueblos donde la ignorancia y el atraso oponiéndose al progreso, hacen surgir la guerra de principios. Pero en vano los gobiernos crearán ejércitos para mantener la paz; esta se alejará de los pueblos mientras-cual se hizo con los conventos, *paz del egoismo*-el cuartel no se convierta en escuela, y las bayonetas y cañones se reemplacen con el libro, la tribuna y el periódico.

Así como la coaccion aleja la paz, asi la destruye el libertinage, el abuso de la libertad; ambas desvian á los pueblos de su camino. La tempestad brama furiosa á los piés de toda tiranía, aunque ésta embriagada con el mando y poderío no se aperciba de sus rugidos; tambien truena terrible, cuando el libertinaje desgarrando al manto de la virtud, turbando con sus crímenes y orgías y violencias la paz del individuo, la paz de la familia, va acumulando nubes en el horizonte. La paz, efecto del progreso, en vano se la buscará fuera del camino de la libertad, no olvidando empero, que á los bordes de este existen aquellos dos grandes precipicios: DESPOTISMO, LIBERTINAJE. El cuerpo social es á la paz, lo que el humano á la salud, todo exceso ó toda falta en el cumplimiento de las funciones de su organismo, altera la salud de este, destruye la paz de aquel.

Cuando querramos buscar la paz por aquel camino, fuerza será á cada paso, ir extirpando las zarzas de las pasiones y los vicios que imposibilitan la marcha, despojándonos antes del pesado fardo de las preocupaciones. Fuera de aquel camino ¿podrá encontrarse la paz? Sí, la paz impuesta, la paz de los sepulcros, la paz del egoismo, es decir, la paz-mentira, la paz-farsa.

Para que la paz sea imperecedera, preciso es fabricarle un suntuoso templo digno de ella, echando sus cimientos sobre rocas de granito, y colocar una escala para ascender á él desde el primer peldaño, si quieren evitarse las consecuencias de la caida. ¡Felices los pueblos donde los obreros del porvenir han emprendido tan grandiosa obra!

¿Dónde colocar ese cimiento? ¿dónde el primer peldaño dela escala? EN EL INDIVIDUO. Mientras el *simoun* de las pasiones se levante en su interior, mientras la tempestad de la duda se agite en su cerebro, mientras no se

resuelva á buscar una luz que lo guie en el intrincado laberinto de la vida, formándose una conviccion cualquiera que ella sea, pero profunda, leal, sincera, que no pugne con esa ley de Dios, *el progreso*, en vano buscará fuera de sí, lo que solo puede surgir de la fuente de su mismo corazon: LA PAZ.

Colocados en el individuo los cimientos de aquel templo, el primer peldaño de la escala ¿dónde levantar sus muros? EN LA FAMILIA. —En vano se buscará la paz en el hogar, si los miembros de aquella no están en paz consigo mismos; si las zarzas de las pasiones tienen aun allí cabida; si el amor, la abnegacion, la tolerancia, no han tomado asiento en aquel santuario. ¿Qué importan las tempestades que estallen fuera de él, si allí se encuentra un refugio contra ellas, porque la paz del cielo perfuma todo su interior? En vano se buscará fuera del hogar lo que solo de él puede surgir: FRATERNIDAD, AMOR.

Colocados los muros de aquel templo en la familia, debe pasarse al coronamiento de la obra, á la bóveda. ¿Dónde? EN LA SOCIEDAD HUMANA en general, tanto en la Pátria como en las naciones sus hermanas. En vano un pueblo buscará la paz, si las familias que lo forman carecen de ella en el hogar; si la discordia con su pestilente hálito ejerce allí su pernicioso influjo. Solo cuando las familias é individuos marchen por la vida del progreso, podrá existir para los pueblos la paz sólida que desafia las tormentas; no la paz ficticia que se deshace al soplo de las pasiones.

De la Pátria sé hará extensiva la paz á las demás naciones. Las calamidades de la guerra, tienen su razon de ser: *brindar al hombre los frutos de la experiencia, para hacerle apreciar la reforma, la libertad, el progreso*. Los países, estudiando las causas de la felicidad de los pueblos adelantados, irán por conviccion siguiendo sus mismas huellas, y entónces, la PAZ UNIVERSAL irá pasando de la *utopia* á la *realidad*. ¡Pero cuánto distan aún los pueblos de seguir este camino!........

Hemos procurado bosquejar la única senda que á la *paz* conduce, el solo templo digno de ella, la escala necesaria para su acceso; fuera de lo cual, queriendo buscar la *paz*, nos daremos de frente con la *guerra*.

¿Por qué llamar paz solo á la ausencia de la lucha en los campos de batalla? ¿Por qué llamar guerra, exclusivamente á la que se verifica á sangre y fuego? En medio al estrépito de las armas, la paz existe entre los individuos y familias ajenas del todo á las influencias de las pasiones. Y aun sin el estrépito de las armas, la guerra existe entre los individuos y familias que forman su pasto favorito de la intriga, de la malevolencia, de la ambicion: que rinde culto al materialismo. La lucha á mano armada es solo el desenlace de la guerra; es solo el final del drama; no constituye todo el drama.

La guerra, suele ser una necesidad no solo de legitima defensa contra el agresor injusto, sino para resolver la tempestad, para el equilibrio de las fuerzas para que el torrente del progreso detenido por los errores ó las preocupaciones, rompa los diques que la razon, impotente aun, no puede destruir; pero siempre será una prueba del atraso de los pueblos.

En resúmen: la guerra propiamente tal, es efecto de las malas pasiones, de los errores, de la ignorancia, de las preocupaciones que empezando por turbar la paz del individuo, pasan á la familia y de allí á la sociedad, á la pátria, á todo el mundo. La paz es, en rigor, efecto de las virtudes que arraigándose en el individuo, van destruyendo el culto al materialismo, hacen un cielo del hogar, y traen prosperidad y engrandecimiento para la pátria. ¿Quién podrá describir el horroroso cuadro de los males de la guerra? ¿Quién siquiera bosquejar el bellísimo de los infinitos bienes de la paz? El hombre observador encontrará siempre y por do quiera, en el individuo, en la familia, en la sociedad, cuadros vivos, palpitantes, que la Providencia pone á nuestra vista, para nuestro estudio, meditacion y mejoramiento.

Amemos, pues, la paz, rindiéndole el culto de nuestras virtudes y recordando aquellas expresivas palabras de Jesús cuando envió á sus discípulos á predicar á las ciudades: *«Y cuando entreis en la casa, saludad*

diciendo: PAZ SEA EN ESTA CASA. *Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz; más si no fuera digna, vuestra paz se volverá á vosotros.*» (Mat. X-12 y 13.)

Hagámonos todos dignos de recibir la paz que nos viene del Cielo. Como los Apóstoles entónces, hoy los Espíritus del Señor mensajeros de la buena nueva, vienen á traernos la paz; hagamos, que no se vuelva á ellos. Sus cariñosas comunicaciones nos enseñan el camino: LA VIRTUD. No desechemos esa luz que envia á torrentes el Padre para inundarnos de júbilo. Abriguémosla en nuestro corazon, para que iluminados nosotros, é iluminando nuestro hogar, sea tambien faro de esperanza para la Pátria.

(De *La Ley de Amor*).

LA GUERRA.

En vano llamamos nuestro siglo el de las luces y del progreso por escelencia, en vano pretendemos haber llegado á una altura de que aun estamos muy distantes; mientras la guerra subsista, mientras las cuestiones humanas se resuelvan por la fuerza, no podremos llamarnos civilizados. Es preciso confesarlo, aunque el rubor de la vergüenza tiña nuestro rostro; nos encontramos aun en estado semi-salvaje, por más que estas palabras parezcan exageradas; es imposible que allá en el porvenir, dentro de miles de años, cuando la humanidad esté realmente civilizada, las cuestiones se diriman por medio de la fuerza bruta; la razon no concibe que los llamados *racionales* resuelvan los grandes problemas por medio de la fuerza; por lo tanto, aun no nos vemos librados de esta capa salvaje con que nos cubrió la naturaleza; aun la acumulacion de brazos vale más que la acumulacion de ingenio, y la bala de cañon, es decir, la materia pesada, la *cosa* puede más que las palabras, es decir, el *espíritu*.

Que las tribus del centro de África ó de las sels de la Occeania, que las *pieles rojas* que pueblan los bosques vírgenes de América, diriman sus contiendas por medio de la lucha, y apelen á la fuerza para saber de qué parte está la verdad, pase; pero que las naciones *cultas*, los pueblos que usan el telégrafo, los hombres que estudian la ciencia y sienten el arte, apelen á los mismos medios que aquellas desdichadas y desnudas criaturas, es inconcebible y llena de decepcion á todo pensador sereno. ¡Estraña anomalía la que reina entre nosotros! Buscamos el ideal de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, nos afanamos por investigar las cuestiones científicas, hablamos por medio de electricidad, llenamos de maravillas las Exposiciones universales y los museos nacionales, discutimos con erudicion los altos temas filosóficos, condenamos todas las manifestaciones de la intolerancia, nos empeñamos en combatir la fuerza bruta, el Inconsciente, como dice Hartman, y por otra parte pagamos tributo á esa misma fuerza y la entronizamos sobre el progreso. En un momento en el campo de batalla mueren miles de hombres, miles de inteligencias, de entre las cuales alguna hubiera asombrado con sus adelantos; miles de corazones dejan de palpitar, caen ciudades entre ruinas, quedan asolados campos fecundos, y el silencio de la muerte reemplaza al alegre ruido de la vida.

Allí el hombre olvida sus estudios, sus penalidades por el trabajo; el saber y el sentimiento, se despoja de la delicadeza que tanto le habia costado adquirir, y vuelve al estado de la fiera; en él la materia se levanta con toda su fuerza y se venga en un momento del dominio que sobre ella habia alcanzado el espíritu.

Y lo mas lastimoso, lo mas terrible es que las ciencias y las artes, las letras, los vuelos de la filosofía, todo, en fin, cuanto contribuya al progreso humano, esté sujeto y dependa esclusivamente de la misma fuerza bruta y cante á coro en torno de ella. Durante la guerra, nada estable hay, todo vaga en desórden espantoso, pero triunfa el mas fuerte, vence el conquistador, y á él, á sus caprichos se amoldan los códigos, á él le cantan y le elevan estátuas las artes, á su entorno pululan los aduladores, el pueblo se

humilla á sus pies y hasta los sábios le queman incienso. ¿Quereis estado mas primitivo? ¿quereis más patente prueba de que la humanidad no ha llegado al *a b c* de la civilizacion? Cuando en vez del conquistador venga á imponerse el más sábio y el más virtuoso, cuando éste con una sola frase dirima la cuestion entre uno y otro pueblo, cuando á éste solo se eleven estátuas, cuando á nadie se adule, cuando la palabra *guerra* no se conserve más que como un arcaismo en los viejos diccionarios, cuando para saber quien tiene razon no se apele á los brazos y á la pólvora, y haya desaparecido el *derecho* de conquista, y las armas no sirvan más que para defendernos de las fieras y se practique lo que tanto se cacarea en los libros de alta filosofía, y la multitud no sea tan imbécil como ahora para entusiasmarse ante el conquistador y cubrirle de coronas, solo entónces podremos decir en verdad, que la humanidad está civilizada.

Pero ah! estos son sueños demasiado felices para que se realicen; aún truena el cañon y hace estremecer comarcas enteras; aún los grandes imperios se apoyan sobre fusiles; aún la Francia espera con fruicion el momento de la revancha, y la Alemania atisba las provincias del norte del Austria, y el Czar fija sus miradas en Constantinopla; aún el Papa sueña en el poder temporal; y la Inglaterra avanza en el Asia, y la Italia quiere sus antiguas provincias, y por las entrañas de nuestro miserable planeta vaga un sordo rumor de guerra como el ruido y la trepidacion de un gran terremoto. Dejad avanzar á los invasores, dad manantiales á los sedientos, dejad triunfar á los ambiciosos conquistadores; despues, cuando hayan vencido, cuando hayan logrado todos sus deseos, no os quejareis de ellos; entónces ya se llamarán humanos y justos y protectores de las ciencias, de las letras y de las artes; entónces se abrirán canales y se fecundarán los campos y se dará impulso al trabajo y á todas las manifestaciones del progreso; pero primero—os lo repito—dejadles vencer y matar y elevarse.

Oh! la guerra! la guerra! abridle paso; ¿no la veis? se adelanta con su fúnebre y terrible cortejo; la tempestad la corona de rayos y los volcanes forman su trono; sus brazaletes son serpientes enroscadas, y su licor favorito es sangre que bebe sedienta en cráneos vacíos. ¿No la veis? sus miradas brillan como espantosas auroras boreales, y su cabellera resplandece y aterra como la del cometa; su voz aturde como un gran conjunto de truenos; y su aliento mata á las plantas y á las criaturas, como una atmósfera de peste. ¿No la veis aún? El Progreso se postra ante ella y ¡oh vergüenza! le suplica auxilio, y la Ciencia y el Arte y la filosofía se retuercen indefensas á sus piés. Paso! abridle paso, es la Guerra; dejad que la nube cubra los resplandores y que el hedor reemplace al perfume.

J. Martí Folguera.

A LA MEMORIA DE UN ALMA BUENA.

Alma buena, noble y pura
Que te alejas de mi lado:
¡Feliz tú! que ya has dejado,
Este valle de amargura.

A. D. y S.

I.

¡Supe tu muerte!

Quise ver tu envoltura por última vez.

¡Corrí á tu casa!.......

Pregunté por tu cadáver.

No me dejaren verte.

Salí y pensé en ir al templo donde más tarde te tributarian los últimos honores terrenales.

Me arrepentí desistiendo de mi intento.

¿A qué presenciar las farsas sociales, los que llevamos en nuestra bandera el lema sacresanto: *Todo por la verdad.*

Más reflexioné y dije: él irá al templo á ver su entierro.

Saludará á sus amigos.

¡Yo debo estar allí!

Pocas veces nos hablamos en la tierra, pero eras de esos séres simpáticos por excelen-

cia, por que llevas en tu mirada un reflejo del infinito.

Felizmente al mirarte, comprendí que eras un alma grande, elevada en toda la acepcion de la palabra.

Por eso te admiré, y te envidié, por que veia que eras un espíritu superior: y hay tan pocos en la tierra!

Me detuve en mi camino y quedé pensativa.

Al fin me dirigí á la iglesia y entré en la casa del Señor.

¡Triste y sombrío aspecto, ofrecia el santuario!

¡El pavimento estaba cubierto de paños negros!

¡De las cornisas pendian negros tapices!

¡Los altares parecian sepulcros!

¡El templo se asemejaba á un panteon!....,

Somos enemigos de todo formalismo.

Aquel luto pagado nos hacia daño, y sobre todo; para ti, ¡alma sublime! progresiva por esencia, que tu *voluntad-facultad*, la convertistes en potencia del bien.

Todos los templos del universo, cubiertos por un manto de negro terciopelo, no nos parecerian bastante tristes, para que aquel luto lo creyéramos digno de tí.

Si un planeta debia cubrir con negros crespones sus montes y sus valles, sus bosques y sus lagos, sus aldeas y sus capitales, cuando se ausenta un alma, cuando un espíritu bueno, (como el tuyo) lo abandona, la tierra enlutada, la tierra envuelta en un negro sudario, nos pareceria aun pequeño homenage para un sér de tu temple y tu valia.

Sentado este principio, figúrate tú, lo que nos pareceria aquella iglesia raquítica y mezquina, que vende sus crespones, sus cirios, y sus plegarias.....

Los ministros del Señor fueron por tu cadáver entonando sus cantos ininteligibles.

Volvieron con tus restos!

Contemplamos tu caja y nada sentimos, porque estábamos bien seguros que tu vivias: y aun mas; teníamos la completa certidumbre que estabas á nuestro lado. sonriendo con triste ironía, al ver como tu familia honraba tu memoria.

Es decir, el mundo creerá que honraron tu recuerdo, y lo que honraron fué su vanidad, el *qué dirán*, porque todos los tuyos bien sabian que tu no aceptabas las farsas sociales; por que adorabas á Dios en espíritu y en verdad.

¡Tú, libre pensador!...

¡Tú, deista sin templos! han cubierto tu cadáver con el antifaz de una religion que tú rechazabas por su formalismo y su agiotage.

¿Por qué han enmascarado así tu memoria?

¡Miserable sociedad! cómo os engañais unos á otros.

¡Qué miedo os teneis!

Sois esclavos de vuestra ignorancia.

No teneis la más leve idea de la vida futura.

Si un alma no contára con más recursos para salvarse que las exequias que la iglesia le consagra, todos los mundos convertidos en infierno, no serian bastantes para albergar á las almas condenadas.

¡Profanacion inaudita!

Ignorancia execrable! repugnante estupidez! idiotismo completo, es creer que aquellos rezos comprados puedan conquistar el cielo.

¡Alma buena! no sentimos la disgregacion de tu materia, lo que sí sentimos es que tus restos sirvieran para ejecutar con ellos un acto que tu razon repudiaba.

¿No sabian los tuyos que tú eras espiritista?

¿No sabian que los pobres eran tus hermanos?

¿No sabian que tú eras un ajente de la Providencia, y que el huérfano y la viuda, el anciano y el inválido encontraban en tí consuelo, amparo y amor?

¿No sabian que tú practicabas la verdadera caridad, y que nunca el goce de la opulencia te distrajo bastante para dejar de oir los gemidos de los enfermos, consagrando á ellos especialmente una diligencia verdaderamente paternal?

¿Por qué en lugar de conducir tu cuerpo al templo donde te cantaron las plegarias que se cantan á los ricos; no llamaron á los innumerables pobres que de tí recibian el sustento y que te bendecian sin conocerte?... por qué no los llamaron y les dijeron:

«¡Venid desheredados de la tierra! ¡vuestro padre adoptivo á muerto! ¡rogad por él!...»

¡Cuántos hubieran acudido! ¡cuántos!

¡Qué hubiera valido la misa deRequiem de Mozart, y el Stabat-Mater de Pergolesi, en comparacion de la ferviente plegaria que hubiesen pronunciado las almas agradecidas de tantos y tantos séres que te debieron el pan del amor.

Cada palabra de una oracion dictada por el sentimiento de la gratitud gana mil mundos de luz, para el alma que se vá.

¡Los pobres debieron conducir tu caja!

¡Ellos debieron cavar tu fosa! y con sus lágrimas fecundar la tierra que cubriera tus restos, para que brotaran en tu tumba azucenas, lirios y violetas.

¡Alma buena! tú fuistes en la tierra el padre de los pobres! ¿por qué no llamaron á tus hijos?

¡Raza desheredada de la tierra! vístete de luto; has perdido el alma previsora que por ti velaba.

¡Llora, llora! ¡te has quedado huérfana! ¡tu bienhechor se fué!

Estas quejas lanzábamos en nuestro duelo; cuando un hermano nuestro se concentró, y sirvió de intérprete á un buen espiritu que nos dijo así:

—Amalia; no te inmutes, no te aturdas, no te acobardes, vuelve en ti.

El alma buena por quién lloras, hacia mucho tiempo, mucho, que debia estar en otros lugares, y solo su abnegacion le hacia detenerse en la tierra.

¡Bendice á Dios porque le ha devuelto su libertad!

Le dices á los pobres que lloren la ausencia de su padre.

Esplícales como deben llorar.

Que no lloren egoistamente porque han perdido quien les daba el pan.

Que lloren glorificando á Dios porque ha permitido que un espíritu superior vuelva á su pátria.

Que lloren melancólicamente porque no lo ven; pero que no lloren con desesperacion, que se paren á pensar, que mediten y reflexionen que si aquel espíritu sujeto por la grosera envoltura material supo hacer tanto bien, ¿qué no hará ahora libre de tan penosa carga?

¿Si tanto progresó en la tierra, cuánto más progresará en el infinito?

Tú espíritu debil y enfermo les dice: llorad por un alma que se fué.

Las almas de aquel temple no se van, y si se alejan inspiran á otros espíritus para que sigan la obra comenzada.

Cese tu turbacion, Amalia; bendice á Dios porque un buen espíritu dejó de sufrir.

Bendícelo, si; aquel espíritu que vino á este mundo solo para amar, Dios lo ha recompensado hasta tal punto, que al dejar su envoltura no ha tenido turbacion alguna, absolutamente ninguna. Ha asistido á su entierro, estuvo en sus funerales, y se acercó á tí cuando entrastes en el templo diciéndote:

—«Tambien vienes tu á ver lo que la sociedad hace conmigo! ¡pobre gente, perdónales! no saben mas.»

Tu no le oiste, solo tu pensamiento algo presintió.

¡Pobres criaturas! son tan limitadas vuestras facultades, que por eso sufrís tanto, por que no comprendeis nada de lo que pasa en torno vuestro, y gracias que vosotros los espiritistas teneis el consuelo de obtener algunas veces saludables consejos de vuestros hermanos de ultra-tumba.

Adios; te repito mi encargo; dile á los pobres que lloren con el llanto de la gratitud, no con el de la desesperacion egoista.

La muerte del varon justo no debe ser llorada, sino glorificada y bendecida.

Saludad tiernamente al alma que se va.

Resignaos con su ausencia sabiendo que es feliz.

No mireis los pequeños horizontes de la tierra.

Mirad mas léjos, mas allá, mucho mas allá, acostumbraos á contemplar los espacios y los mundos del infinito, y asi tendreis la certidumbre de ver un dia al espíritu cuya ausencia os hace derramar mares de llanto.

Adios, adios; tened resignacion y fé.

II.

Esta comunicacion nos tranquilizó algun tanto, llevando á nuestra mente su melancólico convencimiento.

Si, si, es verdad; dice muy bien el espíritu; no debemos ser egoistas; y lo somos, cuando lloramos por que un alma recobra su libertad.

Perdona, señor, nuestra flaqueza, perdona nuestra debilidad. Y tú, alma buena, que tanto bien has hecho en este mundo, no nos dejes, quédate entre nosotros por algun tiempo.

Difunde tu benéfico fluido sobre los ricos avarientos, para que, como tú, practiquen la caridad evangélica.

Sigue tu mision, alma buena; no abandones la tierra, mira que el egoismo ha metalizado el corazon del hombre.

Tu fuiste para las clases indigentes un rayo de sol.

¡Rayo divino de caridad, brilla siempre en el cenit del amor, nunca llegues al ocaso de la indiferencia!

¡Irradia siempre, presta tu calor á las almas enfermas que se mueren de frio.

¡Adios, alma buena!

¿Cuándo te volveremos á ver?

¿Cuándo podremos llegar hasta tí?

Desciende tu mas bien hasta nosotros, solo descendiendo tu, nos será dado acercarnos á tí.

¡Bendita sea la hora de tu libertad!

El llanto afluye á nuestros ojos, pero nuestros lábios murmuran: ¡Bendita, bendita una y mil veces la misericordia de Dios que le permite á un alma buena regresar á su pátria!

Ya era tiempo que volvieras
A tu pátria primitiva;
¡Bastantes años cautiva
Estuvistes, alma, aquí!
¡Hora es ya, tiende tu vuelo!
¡Ay! quién tuviera tus alas.....
Para contemplar las galas
Que en mis sueños entreví!

—

Perdóname si un momento
Pude llorar por tu ausencia,
Perdona, sí, mi demencia
Y mi triste turbacion.
Llorar por tí, alma cristiana,
Es cometer un delito;
Perdóname, necesito
Tu generoso perdon.

—

¡Querer que aquí en este suelo
Tu espíritu se asfixiara!...
¡Querer que Dios te dejara
Donde se duda de él!
¡Imposible! ¡Aquí en la tierra
Tu espíritu sucumbia
Ante sociedad impía
Desapiadada y cruel!

—

¡Cómo vivir tu en un mundo
Donde el *yo* es el soberano;
Donde no hay padre, ni hermano,
Sino inícua vanidad!
¡Donde se pospone todo
Al lucro y al egoismo,
Donde el individualismo
Divide á la sociedad!

—

¡Tú vivir aqui! ¡Imposible!
Me parece que un momento
Aspirarás el aliento
De esta lóbrega region.
Mas la espresion de tus ojos
Demostraba claramente
Que te hallabas impaciente
Por salir de tu prision.

—

Bendita sea la hora
Que se cumplió tu condena!
¡Tiende tu vuelo, alma buena,
Bastante sufriste aqui!.....
Vé á gozar la recompensa
De tu vida laboriosa;
¡Adios, alma generosa!
Los pobres lloran por tí.

Amalia Domingo y Soler.

EL ALMA.

—

La existencia del alma está demostrada, y es de gran interés para la humanidad saber si, despues de la muerte corporal del individuo, el ser intelectual, moral y pensante, goza de una nueva vida, si conserva su unidad, su identidad, en una palabra, si el *yo* sale vencedor de las prisiones de la materia que se desagrega.

Una ciencia impía, el materialismo contemporáneo, y una filosofía subversiva, el panteismo, responden negativamente. En efecto, para el materialismo, el alma es un producto del organismo, el resultado de las fuerzas inherentes á la materia, y esta alma, este principio intelectual, se desvanece en el instante mismo en que la armonía cesa entre los órganos, cuando el corazon deja ya de latir. Para el panteismo, el alma conserva durante algun tiempo su autonomía, pero es para encontrarse pronto absorvida en el Gran Todo, como las gotas de agua van á perderse en el Occeano. El Panteismo ha dado, en verdad, un paso hácia adelante, en cuanto ha reconocido la individualidad del alma; sin embargo, pronto pierde esta ventaja, y viene á parar como el materialismo, en el anonadamiento absoluto, porque todas las almas, segun él, van á mezclarse y confundirse en el depósito comun.

Pero pruebas irrecusables, basadas sobre la tradicion, sobre la razon y la moral, dan un poderoso mentís á estas doctrinas perniciosas que hacen en nuestros dias numerosas víctimas en las diferentes clases de la sociedad. Y sin embargo, ¿no es fácil demostrar con la historia en la mano, que los antiguos pueblos, sobre todo los orientales, han creido en la inmortalidad del alma? La India, cuna del género humano, á quien ha legado sus leyes, su moral y su filosofía, manifiesta en todos sus monumentos literarios y religiosos, su creencia en una vida futura. «Nada principia, dice la *Atharva-Veda*, nada acaba, todo se modifica y se trasforma..... la vida y la muerte no son sino modos de trasformacion que conducen la molécula vital de la planta hasta Brahama.» Y en otra parte: «Si el hombre ha practicado obras que conducen al mundo del sol, el alma va al mundo del sol; si sus obras fueron de las que conducen al mundo del creador, va al mundo del creador. Así el alma va á los mundos á que pertenecen sus obras.» ¿Qué diremos de los Persas, de los Egipcios, de los Griegos, de los Romanos, de los Chinos y de los Japoneses? ¿Es que su brillante civilizacion no los lleva, en parte, á esta fé ardiente, á esta sed inestinguible de la inmortalidad del alma? ¿Es que Pitágoras, Platon, Plotin, Porfirio y Virgilio no proclamaron muy alto la existencia de otra vida? ¿Es que no llegaron hasta sostener la pluralidad de existencias? Nada de esto.

Y hoy, despues de mas de mil años de progreso y de civilizacion, ¿seria necesario que la humanidad renegase de su pasado y de sus tradiciones elaboradas durante tantos siglos? No, seria un error colosal, una estraña aberracion; la fé de nuestros padres debe inspirar, reanimar la nuestra y sobreponerla á los mezquinos ataques de una ciencia y de una filosofía más seductoras que sábias.

Pero la tradicion, la creencia universal de la antigüedad no nos han dado enseñanza alguna sobre nuestra inmortalidad; nosotros sostenemos que nuestra causa no será perdida. En efecto, de algo que se fundamente en la moral y en la razon, ¿no podriamos hacer que naciera ventajosamente la justicia de una vida futura y el horror que inspira la sola idea del anonadamiento? Desde luego diríamos que no habiendo inmortalidad no existiria la justicia divina y no habria necesidad de existir, porque desde aquí abajo, la suerte del bueno y del malo seria definitiva y en todo idéntica. ¿Qué seria del hombre de génio, escarnecido y perseguido por sus mismos contemporáneos? ¿Iria con su dolor de corazon y con la desesperacion de su alma, á secar sus lágrimas en la nada? ¿Galileo arrodillado ante el tribunal de la inquisicion, Campanella encerrado veinte y siete años en los horribles y mefíticos calabozos de la misma autoridad, Giordano Bruno, Vaniné, Juan Huss quemados vivos, serian nobles victi-

mas, precursores heróicos del espíritu moderno, descansando eternamente en la tumba, sin recoger más allá de los mundos, la recompensa debida á su esforzado valor y á sus sublimes virtudes? Y vuestros poderosos génios, Pascal, Newton, Seibnitz, Voltaire, Diderot, Rousseau, etc., han muerto para vosotros eternamente? ¿Y tu, pobre vidriero, sencillo, pero noble artesano, tu, Bernardo Palissy, que buscaste durante 16 años el secreto del esmalte, y tuvistes la Bastilla por recompensa de tus infatigables trabajos, no eres más que un poco de polvo que el viento recoge en el campo de los sepulcros? ¡A todos os evocamos, filósofos ignorados, sábios y poetas desconocidos, y á vosotros tambien, víctimas innumerables de la intolerancia religiosa, solo existís porque se os haya hecho justicia y por haber merecido la palma del martirio!

Ah! Si todo acabara en la vida presente, la suerte del hombre seria más deplorable que la del bruto que vive sin cuidarse del mañana, sin el instinto de la vida futura, porque el ser humano, desde el más bajo hasta el más alto de la escala social, muere soñando en la inmortalidad. Dios, que ha grabado en su corazon esta nocion de la eternidad, no ha podido, en su suprema justicia, darle una falsa intuicion, una engañosa esperanza y sumergirle para siempre en el horroroso abismo de la nada.

Hé ahí la justicia! ¿Qué sería de él bajo el punto de vista moral, si no existiese la inmortalidad y si no tuviesen ninguna sancion los actos buenos ó malos de la vida terrestre?

El mundo seria patrimonio del más sagaz, que supiese eludir mejor las leyes de su país y evitar con más destreza la policía correccional. Cada uno para sí, tal seria la máxima; y se podría decir con razon, como Bruto: «Virtud, tu no eres másque un nombre! porque el asesinato, el robo y la impudencia quedarian frecuentemente impunes.» Solo se trataría de gozar mejor y por el mayor tiempo posible. Y no se nos diga que la conciencia sola sería el poderoso freno que bastara á evitar é impedir todos estos males; el que hace el bien por el bien mismo es y será por muchísimo tiempo una rara escepcion.

Es regla comun esperar la recompensa divina cuando se ha practicado una buena accion, y los que hacen la objecion precedente se desconsolarian si aquella fuese rigurosamente verdadera. Nosotros decimos al contrario, que sin porvenir y sin esperanza de recompensa, no puede haber amor á lo bello, ni á lo verdadero, ni á lo bueno.

Una sociedad sin creencia en la inmortalidad es una quimera, y si pudiese existir, la suerte de la humanidad en general, seria más deplorable y más monstruosa que la de la nacion más atrasada en el camino del progreso.

¿La razon, perfeccionada por la ciencia, no es una declaracion solemne en favor de la inmortalidad? ¿Desde cuándo acá se ha visto que algo que existe perezca en absoluto? ¿Qué otra cosa es esto que las mil y mil formas diferentes de que se reviste sucesivamente la materia? ¿Es que nuestro cuerpo devuelto á la tierra, no entra en el gran laboratorio de la naturaleza para contribuir al desarrollo de los minerales, de los vegetales y de los animales? ¿Es que la más humilde semilla no se convierte alguna vez en un árbol gigantesco y siempre en una planta que en nada se parece al gérmen que la ha formado? ¿Es que la informe crisálida no se trasforma en un momento dado en mariposa de brillantes colores? ¿Y seria racional que nuestra alma, animando á la materia fuese la escepcion de la regla y se perdiera en la nada ó se confundiera en el gran todo? No, no, la razon interrogada rechaza estas hipótesis insostenibles y contradictorias y da, por el contrario, un poderoso apoyo á las pruebas suministradas por la moral y por el consentimiento unánime de todos los pueblos. La creencia en la vida futura y en la inmortalidad del alma es pues el manantial perenne que viene á reanimar nuestro ánimo abatido, y de donde han de renacer nuestras queridas esperanzas, frecuentemente heridas por los vientos de la adversidad; en fin, cuando el mundo nos abandone, saludaremos á la

muerte, como libertador celeste y como la aurora de un dia sin fin.

(*Se continuará.*)

EL STATU-QUO DEL ESPIRITISMO.

Es innegable que el espiritismo ha terminado ya su primera jornada. Despues de haber inoculado, en la generacion presente, el gérmen fecundo de las verdades inconcusas, de la comunicacion con el mundo invisible, de la supervivencia é individualidad del alma despues de la muerte, y la del progreso indefinido del espíritu, siempre en armonia con la mayor ó menor bondad de sus acciones en la vida material, termina gloriosamente su mision, difundiendo en su pureza, y sin género de mistificacion alguna, estos grandes y fundamentales principios de nuestra doctrina, preparando á las generaciones venideras para mayores y mas trascendentales adelantos.

Al periodismo le está encomendada una noble y elevadísima mision. El periódico ha de ser la fuente en cuyas puras y cristalinas aguas vengan á saciar su sed de instruccion, cuantos busquen de buena fé su perfeccionamiento, y ansien la adquisicion de las grandes verdades que, en el órden moral, debe suministrarnos la *revelacion*. Los pobres de espíritu, los miopes de entendimiento y los de alma empedernida y atrofiada, cegaron al primer destello desprendido de aquel foco de perenne é inagotable luz, y no viendo más que aquellos pálidos resplandores, los creyeron suficientes para la satisfaccion de sus más grandes deseos, y paralizados en el mismo punto donde recibieran aquella grata impresion, no pudieron dar un paso más en el camino indefinido que guia al alma al infinito de su perfeccionamiento. ¡Se han contentado con tan poco! Y sin embargo, es lo bastante si saben cumplir su mision, difundiendo aquel rayo de luz, el *a*, *b*, *c* de la ciencia y la moral infinitas. Han pisado los umbrales del templo y esto ya es algo, y será más si consiguen que otros muchos haciéndoles coro, se inicien tambien en los fecundos principios de la moral que proclama nuestra siempre consoladora doctrina.

El Cielo espiritista. (1)

II.

Cual pura luz, como brillante faro
Que disipa la noche en mar insana,
Con pensamiento celestial y claro
Encender en la mente el alma humana.

Y en justo pago de la luz inmensa
Que muestra al honbre su divina ruta;
De la inmortalidad en recompensa,
Apurar ancha copa de cicuta.

Tener un corazon robusto y bravo,
Practicar en la ergástula çien brechas,
Dar libertad al gladiador esclavo
Y caer traspasado de mil flechas.

Sembrar en sinanoga, valle y monte
La semilla del bien, dón necesario,
Y morir en el hórrido horizonte
Sobre la cruz de fúnebre Calvario.

Ir á arrancar al seno del Atlántico
Nuevo mundo feraz para la Iberia,
Y volver á morir, al ronco cántico
De cadenas y mar, en la miseria.

Sentir bajo la planta estremecida
Girar el globo en la region serena,
Volar sobre él en gigantesca huida,
No poderlo decir, morir de pena.

Dar almas, Evangelios, Tierras, mundos,
De las manos de un Dios dignos presentes;
Ser grandes, sèr espíritus fecundos.
Redimir, consolar á los dolientes,

Dejando á las edades una historia
Con sangre escrita, lágrimas y duelo,
Esto es sentir los goces de la gloria,
Esto se llama conquistar el cielo.

Sócrates, Espartaco, Jesucristo,
Galileo, Colon, en vuestras almas,
Despues del triste fin que el orbe ha visto,
Nacieron bellas las celestes palmas.

Y en la prision de Atenas, en el cono

(1) Véase el número de Junio último

Del pérfido Vesubio, en la colina
De Salem, donde quiera que el encono
Matar pensara vuestra luz divina;

Sobre los hediondos calabozos
Y los viles patibulos del suelo,
Sintió vuestra alma los divinos gozos
Que son el solo, el verdadero cielo.

Que el cielo no es paraje, es el estado
Que disfruta el espiritu sublime
Que despues de suplicio despiadado
Un universo colosal redime.

El Cielo! donde están sus valladares?
Dó sus muros de jaspe y de topacio?
Surcó la ciencia los etéreos mares
Y halló no más el infinito espacio.

Soles mandando en golfos de escarlata
De púrpura y azul, pardos planetas
Seguidos de satélites de plata,
Melenudos y rápidos cometas;

Anchas zonas. gigantes pabellones
De viva luz ó de tiniebla oscura,
Ya la noche con fúnebres crespones,
Ya la mañana con su lumbre pura.

Ya cimas de vapor á quien coloran
Reflejos de matices mil diversos,
O abismos insondables que devoran
Colosales cascadas de universos.

Este que con el ánima contemplo
Este es el cielo, el infinito espacio;
¡No cupiera el Señor en otro templo
Ni diera á la virtud otro palacio!

III.

Las funciones del ángel esplendente,
No son cantar las maravillas santas
Por toda eternidad inútilmente
De un Dios bajá postrados á las plantas.

Son admirar de Dios las obras bellas
Estudiando sus leyes previsoras,
Marcar su derrotero á las estrellas,
Apresurar el carro de las horas,

Descender á regiones donde impera
La triste noche con sus velos densos,
Do los mundos en lúgubre carrera
Semejan á murciélagos inmensos.

Y á los pobres salvajes moradores
En que el instinto apenas alboréa,
Mostrarles los hermosos resplandores
Del astro fecundante de la idea.

Ir á cumplir la voluntad del Cielo
En esos mundos á la luz contrarios,
De redentores bajo el santo velo
Dejando largo rastro de Calvarios.

Volver al ancho seno del espacio,
Y envueltos en flotante vestidura
Difundir los fulgores del topacio
Sobre las nieblas de la noche oscura.

Ya desplegar en la divina espalda
Quizá marcada por la cruz impia,
Alas etéreas de brillante gualda
Que desprenden aromas y armonía.

Ya mostrar en la frente viva estrella
Que eclipsara al más fúlgido diamante
Del soberano génio muestra bella,
Clara señal de la virtud triunfante.

Ya consolar á las marchitas almas
Que vagan tristes por el éter puro,
Porque desprecian las celestes palmas
Los séres que aman en el suelo impuro.

Ya descender al miserable lecho
Donde espira varon pobre y honrado
Y recibirle sobre el tierno pecho
De celestes aromas perfumado.

Bien secar una lágrima serena
Qne como perla del Oriente brilla
Borrando el sello de la triste pena
Con un beso de luz en la megilla.

Bien verter pensamientos de dulzura
En la copa fatal de un alma airada,
O arrancar de la mano áspera y dura
El puñal de venganza meditada.

Bien al morir el tierno pajarillo
Recojer esa chispa que no muere,
Y encerrarla, benévolo y sencillo
En el nuevo organismo que requiere.

Pulverizar bajo su pié los mundos
Que cumplieran la ley de su existencia,
Y á la vida llamar globos fecundos
Que rompan en lozana florescencia.

Cultivar las adelfas y los lírios
Flores amadas de Jesús un dia
Por que el mortal corone los martirios
Que se padecen en la tierra impía.

Ir enlazando por el bosque estenso
Festones de magnolias olorosas,
Y en los confines del espacio inmenso
Guirnaldas de brillantes nebulosas.

Verter la inspiracion, lengua de fuego
Sobre la frente de Moisés divino,
Del grave Milton, el sublime ciego,
De Murillo y Bellini Peregrino.

Inspirar á las aves lisonjeras
En la selva frondosa alegre coro,
O regular el curso á las esferas
Pulsando el arpa de marfil y oro.

Ya conducir entre arreboles bellos
A Dios un alma que su ley respeta,
Ya arrastrar por los hórridos cabellos
De irviente fuego, volador cometa.

Ser la luz, la bondad, el heroismo,
Llamarse compasion, amor fecundo,
Y sentir la presencia de Dios mismo
Del santo corazon en lo profundo.

Esto es ser ángel, voluntad sublime
De hacer el bien por el inmenso espacio,
No prisionero en fúlgido palacio
Cantar en tanto que el abismo gime.

Si aspirais al espléndido destino
Yo os diré la palabra misteriosa
Es *Caridad*; á su calor divino
Romperá vuestro espiritu mezquino
En infinitas alas de oro y rosa.

Salvador Sellés.

Julio 1877.

DICTADOS DE ULTRA-TUMBA.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Médium P.

La política es un ideal de la humanidad, que debe marchar unida con la filosofía de la religion y de la ciencia; las leyes humanas han de estar basadas en las ideas morales y religiosas; las unas deben servir de sólidos cimientos para que sobre ellos se levante el edificio político de la humanidad. Bien es verdad que el sistema moderno escluye de sus leyes la idea religiosa renunciando á toda intervencion y proteccion, y si esto favorece por una parte al desenvolvimiento de la libertad de creencias, perjudica por otra al sentido íntegro de la ley que, como he dicho, ha de estar basada sobre el sentimiento de una idea justa, equitativa; sobre un pensamiento superior á la concepcion humana que inspire profundo respeto y sacrosanta veneracion, para que el hombre, creyéndola emanada de la divinidad, se prosterne ante ella, y la acate y la respete sobre todas las cosas y sobre toda ponderacion. Una sociedad atea, burlaria, infringiría á cada instante, el sagrado de la ley que es el sosten de la sociedad y el equilibrio moral de los pueblos: una sociedad atea, repito, seria como un pantano hediondo, exhalando miasmas de corrupcion y de muerte. Aun en la sociedad deista, la profanacion de lo más sagrado y de lo más santo se apostrofa con frecuencia, escarneciendo el celo y el cumplimiento del órden y del derecho de cada cual, ¿qué seria desarrollada y propagada la idea materialista, trayendo al hombre al convencimiento de ese porvenir sin conciencia, sin recompensa, azar del momento, en que cada cual, pugnando por levantarse entre el silencio á costa y á violencia del otro, á despecho del débil y á la fuerza, por la osadía del malvado? Pobre humanidad, á dónde irias á parar sin freno? Pobre humanidad, ¡qué abismo le esperaria en su vertiginosa corriente!

El estado no ha de tener religion, pero el estado no puede prescindir de una filosofía moral, y las leyes no pueden ser engendro de la estravagancia, garantizadas solo por la fuerza del castigo y la violencia del poder. Esto seria espuesto y pertinazmente terrible; hay que enseñar al hombre que la ley es de inspiracion y no de capricho; que el estado es una organizacion providencial y no hecho fortuito y de mera conveniencia; hay, en fin, que disponer al hombre al respeto de la sociedad para garantia de la sociedad misma, y los gobernantes y gobernados, cada cual en su distinta esfera, medir el grado de sus atribuciones con el objeto de que los unos no opriman con la arbitrariedad, y los otros no opriman con el celo de libertad y de anarquia. Los conflictos sociales son pecados tremendos que han de espiar los que infrinjan la ley del derecho y de la justicia en su estricta legalidad. El estado que tenga por representantes á esos

filósofos de la nada, á esos creyentes de la fuerza y del organismo donde para ellos desgraciadamente todo acaba aquí, y viven fatalmente persuadidos de que el pueblo no son ellos por que el pueblo tiene una creencia y unas aspiraciones sublimes léjos de esta vida, y que la vida no es otra cosa en verdad que el deleite, el goce la sensibilidad esquisita de los sentidos, en el desbordamiento de sus pasiones; el estado que tenga por representante á estas inteligencias tan obtusas, que solo ven y observan bajo el prisma del medro personal, del agio y del negocio; el estado, repito, que tenga á estos engendros odiosos de la barbarie, precisamente ha de sufrir, ha de decaer; ha de prostituirse y con él las leyes, la nocion del bien, la verdad y el principal objeto de su mision y de su vida; y de retroceso en retroceso vendria á parar á los primeros tiempos de su organizacion comenzando para rehabilitarse por adquirir ideas nuevas. El 93 fué funesto por muchos sentidos; el mismo Robespierre tuvo que organizar las procesiones del Corpus para detener al corazon en su frialdad y atrofía; porque el delirio intransigente hubiera perdido á Francia, convirtiéndola en un campo de Agramante, luto, miseria, desolacion, esterminio y muerte.

Las leyes no pueden prescindir de ese espíritu divino que normaliza los impulsos humanos, y mas hay que temer á la conciencia que al funcionario público que vigila y espía los movimiento del codicioso, del ladron y del asesino, arrastrado por el vértigo de su mejor posicion en la sociedad, llevado por hechos ilícitos y fuera de toda razon y justicia.

Ahora bien; que la sociedad tienda al cultivo y práctica de la mejor filosofía religiosa, esto no perjudica á nada ni á nadie, sino que por el contrario, las ideas que se ofrecen á la controversia son las mas nobles, porque se lucha por el descubrimiento de la verdad, y nadie puede impedir que la luz se propague é irradie hasta los confines del infinito.

La política es una segunda naturaleza humana que participa tambien como la religion de lo divino, por que tiende al progreso y á la perfeccion, y está en razon directa tambien del grado de cultura de religion y de sentimiento filosófico de un pueblo.

Medium P.

Amigos mios: yo estoy encargado de deciros muchas cosas que han de redundar en vuestro bien si quereis seguir al pié de la letra mis instrucciones. Es necesario que el periódico y la *sociedad*, únicos medios de propaganda que teneis en vuestra mano los pongais á prueba, por que de lo contrario la *sociedad* y el periódico decaerán, y seria una gran falta y una gran responsabilidad para los que blasonando de buenos y amantes del progreso, por su descuido y por su negligencia le dejaran. Fomentar la propaganda es el camino que teneis espedito para sembrar, y que la buena nueva llegue hasta el mas recóndito rincon del mundo.

Tened en cuenta que el abandono es perjudicial á la doctrina, hay que estirpar de vosotros esa apatía que sería la mayor desgracia para el porvenir y para el progreso. Trabajad con el laudable propósito de encauzar las inteligencias á un mismo fin; agitad el periódico con dignidad y vuestro centro sea el foco del amor y de la fraternidad; de lo contrario, hay de los que pudiendo hacer mucho no hacen nada.

Es cuanto tenia que deciros, y apreciaria que no lo tuviescis en olvido: es necesario que de una manera definitiva os asocieis para llevar adelante el emblema del Espiritismo, es preciso que lo estudieis y que cumplais de buena voluntad sus preceptos, que hagais bien, que os unais todos, que depongais vuestras diferencias. Serán mas perfectos los que primeros llamen á sus hermanos para que, ayudados del mejor fin, os dispongais á la propaganda y al ejercicio de la Caridad. Es cierto que hay muchos retraidos, otros preocupados y los mas indecisos, sin saber á qué bando determinarse. Los mas inteligentes han de ser los más generosos, los más buenos, los más amables para con sus hermanos; deponed, repito, vuestras rencillas, y reunios todos en el santo nombre de Dios para protegeros y derramar el bien sobre los desgraciados que lo necesiten. Adios, hasta otra noche.

Medium P.

Por esta noche basta con la comunicacion que os he dado; otra noche continuaré poniendo de relieve la perniciosa influencia de las religiones positivas en pleno siglo XIX, porque la verdad, amigos mios, es que la sociedad actualmente, en el periodo de transicion que atraviesa, está

moviéndose como en un caos; los distintos medios de educacion que recibe el hombre son gérmenes de constante discordia. Y hay que pensar sériamente en esto: por un lado la escuela libre; por otro la escuela disciplinaria. La Teologia y el libre exámen son ideas de muerte, y cada alma que beba en esta fuente de contradiccion se perjudica á sí misma, á la vez qne de tan opuestos bandos no puede resultar mas que la desarmonía, el ódio, la guerra y la desmembracion de lo mas sagrado y lo mas santo, la moral.

Poned al hombre teólogo al lado del libre pensador; no se entenderán jamás y solo la ira pondrá término á una eterna discusion. Poned al jesuita al lado del panteista, y sin ir tan léjos, al lado de las doctrinas de Kan y Hegel, y vereis qué provecho recogerá el que atienda á estas discusiones de la razon. Es necesario armonizar la instruccion, porque de lo contrario puede causaros muchísimos males.

Anécdotas históricos.

—

Erasmo contestó un dia á varios amigos que le preguntaban por qué no observaba la cuaresma:

—No la observo, porque mi alma es católica, pero mi estómago es luterano.

—

Preguntado Diógenes de que pais era:

—Ciudadano del mundo, contestó.

—

Una mujer de Macedonia que solicitaba inútilmente una gracia de Felipe, le dijo con arrogante altivez:

—Cesad de ser rey, puesto que no haceis justicia.

—

Temistocles casó á su hija con un ciudadano pobre, y cuando le preguntaban la razon de haber obrado asi, contestaba:

—Prefiero á un hombre que tenga necesidad de riquezas, que no riquezas que necesiten hombre.

—

Mientras Luis XIV moria, dijo á Mina de Maintenon:—¡Creí que era mas difícil morir! y á sus domésticos que lloraban: ¿Por qué llorais? ¿Me habiais creido inmortal?

—

Viendo un dia el duque d'Epernon que el cardenal de Reetz se dirigia á su casa armado de punta en blanco, tomó un breviario y se puso á leer con gran devocion.

—¿Qué haceis? le preguntó el cardenal admirado.

—¡Pardiez! desempeñar vuestras funciones, puesto que vos me habeis usurpado las mias.

—

Duclos decia: Los temerosos temen á los literatos, tanto como los ladrones á los reverberos.

—

Echaban en cara á Aristóteles el haber dado limosna á un cobarde, y contestó:

—Es el hombre, no el carácter, quien me inspira compasion.

—

¡Oh Dios mio! decia Saadi, ruégote tengas piedad de los malos, puesto que los buenos nada deben pedirte, si se acuerdan de que les has concedido la gracia inapreciable de ser buenos!

—

Ibo, el Breton de la órden de predicadores, vió un dia en Damas á una anciana que atravesaba la calle llevando en la mano derecha una escudilla llena de fuego, y en la izquierda una botella de agua.

—¿Qué quieres hacer con esto, la preguntó?

—Con el fuego quemar el paraiso, y con el agua estinguir el infierno.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nadie haga el bien para esperar recompensa del cielo, ó temiendo los castigos del infierno, y si solo por amor á Dios.

—

Cuando Pio VII fué á visitar la imprenta imperial de Paris, vió que uno de los jóvenes operarios de la misma no se descubria como sus compañeros, cuando pasó junto á él le dijo con dulzura:

—Descubrios, jóven, para que os bendiga, la bendicion de un anciano nunca trae desgracia.

—

Una de las maximas favoritas de Marivaux era, que un bueno, para ser tenido en concepto de tal, debia serlo mucho.

—

Paseándose un dia por el parque de Versalles la reina María Leczinska, le salió al encuentro una mujer andrajosa, rodeada de varios niños medio desnudos.

—¿Dónde vais, buena mujer? le preguntó la reina.

—A llevar la cena á mi marido, señora.

—¿Qué hace vuestro marido?

—Es albañil.

—¿Cuánto gana al dia?

—Ahora doce sueldos, otras veces diez.

—¿Y no contais con nada más que el salario de vuestro marido? volvió preguntar la piadosa María.

—Con nada mas, señora.

—¿Cuántos hijos teneis?

—Cinco.

—¿De qué manera con tan pocos recursos manteneis á una familia tan numerosa? volvió á preguntar la virtuosa esposa de Luis XV, acariciando con sus delicadas manos los rubios cabellos de uno de los niños.

—¡Mirad! dijo la pobre mujer mostrando á la reina una llave que pendia de su cintura, con ella encierro siempre el pan que guardo para mi marido; á no ser asi, mis pobres hijos se comerian en un dia el pan que debe alimentarles toda una semana.

Los dulces ojos de la princesa se llenaron de lágrimas, y depositando diez luises en la descarnada mano de la pobre, la dijo conmovida:

—¡Tomad, y dad un poco mas de pan á vuestros pobres hijos!

MISCELANEA.

Se ha dicho, equivocadamente, en nuestro número anterior, que las *Cartas á mi hija sobre religion*, que han de ver pronto la luz pública en Lérida, fueron obtenidas medianimicamente, cuando son debidas á la laboriosidad y talento del Sr. Amigó y Pellicer.

—

El canónigo Dr. Gisbert, ha comenzado en Lóndres, en la iglesia católica-romana de Santa María, Moorfields, una série de sermones contra el espiritismo. Uno de nuestros hermanos, en carta que dirige al *Spiritualist*, manifiesta su profundo disgusto al ver cómo en esta conferencia, el eminente orador católico evita con mucho cuidado hablar de los innumerables fenómenos auténticos, que no admiten otra esplicacion racional que las debidas á las causas psicológicas. Se podia interrogar al orador, porque no ha hecho mencion de las esperiencias hechas por Wiliam Crokes, quien ha manifestado que los fenómenos espiritistas, tal como lo pretende el canónigo Gisbert, no son debidos á una accion muscular inconciente, ni dependen de ilusiones posibles de parte del médium y de los asistentes. El mismo silencio se observa de parte del predicador con respecto á las investigaciones de Varley, Alfredo R. Wallace, Barkas, Serjeant Cox y otras autoridades científicas.

El corresponsal del *Spiritualist* concluye su carta comparando al reverendo canónigo Gisbert á un ciego conduciendo á los ciegos.

—

El Abaté Durant, profesor de la Universidad católica de Paris, ha escrito un libro intitulado *El Espiritismo*, y con el cual pretende destruir nuestra doctrina.

Consecuente el Abate con su iglesia, atribuye los hechos espiritistas al Diablo, afirmando que los espiritistas no creén en Dios.

La obra del Abate francés es un libro de verdadera propaganda espiritista, y cuya lectura recomendamos á nuestros hermanos.

(Le Messàger.)

CORRESPONDENCIA DE LA ADMINISTRACION.

Sr. D. E. M.—Crevillente.—Recibido el importe de la suscricion del presente año.
Sr. D. C. A.—Córdoba.—Id. id. id.
Sr. D. F. N.—Jaen.—Id. id. id.
Sr. D. A. Ll.—Villarrobledo.—Id. id. id.
Sr. D. F. L.—Santa Cruz.—Id. id. id.

Imprenta de Costa y Mira.